

ojs.uv.es/index.php/qdfed



Presos en Rusia: la memoria española del Gulag durante el franquismo (1954-1975)

Jesús Guzmán Mora
Universidad de Salamanca
jesus.guzmanmora@usal.es

Resumen: Miembros de la División Azul y del exilio republicano permanecieron en los campos de trabajo rusos durante más de una década. A su vuelta, fueron utilizados por el Régimen franquista para contribuir a la propaganda antisoviética que se desarrolló a lo largo de la dictadura. En primer lugar, el objetivo de este artículo es proponer una periodización para el corpus de la literatura española del Gulag durante el periodo 1954-1975. Y en segundo lugar, se analizan tres ejes temáticos para mostrar cómo el nuevo Estado aprovechó esta horrible experiencia con fines políticos.

Palabras clave: Gulag; División Azul; exilio republicano en la URSS; España y la II Guerra Mundial.

Prisoners in Russia: The Spanish memoirs of the Gulag during Francoism

Abstract: Members of the Spanish Blue Division and the republican exil were held in the sovietic Gulag for more than a decade. After their return, they were used by the Franco's regime to contribute to the anti-Soviet propaganda, that it developed along the dictatorship. First, the aim of this essay is to propose a periodization to the Spanish Literature about the Gulag for the years 1946 to 1975. And secondly, three thematic axis are analysed to show how the Francoism took advantage of this horrible experience for political purposes.

Keywords: Gulag; Spanish Blue Division; Republican Exil; Spain and World War II.

» Guzmán Mora, Jesús. 2016. "Presos en Rusia: la memoria española del Gulag durante el franquismo (1954-1975)". *Quaderns de Filologia: Estudis Literaris* XXI: 101-118. doi: 10.7203/qdfed.21.9337

1. Introducción

La tendencia habitual al hablar de la relación de España con los campos de concentración soviéticos es la de señalar la penosa estancia de los miembros de la División Azul que, a lo largo de una década, sufrieron todo tipo de penalidades en el territorio del enemigo exterior franquista. El periplo del casi medio millar de prisioneros de guerra de la unidad falangista, apresados en su gran mayoría tras la terrible batalla de Krasny Bor en febrero de 1943 (Moreno Juliá, 2005: 321-344) fue conocido tras su regreso, ya que fueron ampliamente “publicitados por el aparato cultural de la dictadura franquista en su afán de demonizar el sistema comunista” (Sánchez Zapatero, 2010: 81). En los márgenes de la actualidad del momento quedaron los compatriotas republicanos con los que compartieron el calvario entre las alambradas. Varios estudios de los últimos años (Serrano, 2011; Iordache, 2014) han aportado las luces necesarias acerca de su llegada, explotación y posterior liberación del infernal archipiélago Gulag. A grandes rasgos, este grupo estaba compuesto por aviadores y marinos retenidos tras el final de la Guerra Civil española en territorio soviético¹, “niños de la guerra” acusados de delitos comunes, desertores que acompañaron a la División Española de Voluntarios y pasaron las líneas del frente, exiliados políticos disidentes con el estalinismo y los “berlineses”, un grupo de trabajadores españoles en Alemania –y que habían sido refugiados en Francia– que, tras la caída de la capital germana entraron en la Embajada española, abandonada por sus funcionarios. Tras permanecer varios días allí sin generar ningún problema con las autoridades soviéticas, éstas rodearon el edificio y se llevaron a quienes lo ocupaban a los campos rusos.

Varios de los confinados, a su retorno, escribieron acerca de los días de esclavitud. Aunque para los estudios historiográficos señalados arriba el testimonio de estos hombres ha sido significativo, la crítica literaria del franquismo ha dedicado pocas líneas al tema, más allá de los estudios dedicados al conocido ejemplo de *Embajadores en el infierno*, película que dirigió José María Forqué en 1956 basada en el libro con el que Torcuato Luca de Tena consiguió el Premio Nacional de Ensayo

¹ Los aviadores que se encontraban en la Unión Soviética cuando finalizó la Guerra Civil pertenecían a la última de las cuatro promociones que el Gobierno de la II República envió para su instrucción a Kirovabad. Para conocer más a fondo la cuestión se recomienda consultar Calvo Jung (2010).

Francisco Franco un año atrás². Con la intención de aportar algunas luces a este campo, en este artículo se propone una periodización concreta para el corpus español del Gulag y el análisis posterior de tres facetas visibles en la mayoría de los textos: la vida en el campo, su uso político mediante el anticomunismo y la superación del cainismo entre divisionarios y republicanos.

2. Periodización del corpus concentracionario soviético en la dictadura franquista

Pueden distinguirse tres etapas dentro de la literatura española del Gulag durante el franquismo. La primera se limita al tiempo que transcurrió desde el final del conflicto internacional hasta el regreso de los voluntarios tras la muerte de Stalin; la segunda se circunscribe a los últimos seis años de la década de 1950, en los que se editaron los textos de los protagonistas del presidio; y la tercera se caracteriza por el tiempo de silencio que, coincidiendo con la distensión de las posturas internacionales en la Guerra Fría, condenó al mutismo a los antiguos internados.

2.1. Publicaciones previas (1947-1954)

La literatura española del Gulag tuvo varios antecedentes que daban noticia de la presencia de compatriotas en los campos de concentración soviéticos. A pesar del “secretismo del Gobierno en todo lo relacionado con el tema de los prisioneros” (Rodríguez Jiménez, 2008: 154), existen al menos dos publicaciones relacionadas con el tema. Eso sí, hay que advertir que en ellas no se hablaba de la existencia de presos de la División Azul, sino de los republicanos que, animados por la identificación ideológica con la Unión Soviética, habían acudido al país y terminado como cautivos en él. En 1947 el diplomático cubano Rafael Miralles, antiguo comunista y posterior desencantado, firmó *Espanoles en Rusia*. A pesar de que se advertía en el prólogo que el autor huía de toda sospecha debido a su filiación política por su papel contra el bando sublevado en la Guerra Civil, el tono del texto era afín a las consignas del poder. En esta línea se puede leer, acerca de los comunistas españoles en el

² Véanse los casos de Alegre (1993) y Rodríguez Jiménez (2008a y 2008b).

País de octubre, que “quienes acudieron allí creyendo ser los privilegiados del destierro [...] estaban purgando a un precio tan elevado como nunca lo hubieran soñado su fe en la Unión Soviética” (1947: 198). Cinco años más tarde, el volumen número 14 de la colección *Temas españoles* sacó a la luz *Españoles esclavos en Rusia*, cuyo autor fue Eduardo Comín Colomer. En este libretto se refería a los republicanos que habían regresado a España como “aquellos despojos humanos que conocieron la dureza del trato de la dulce Francia y de tantos otros lugares por el estilo” (1952: 30)³.

2.2. Los años del auge propagandístico (1954-1960)

La llegada de los presos de la División Azul motivó la publicación de textos de carácter propagandístico. En la misma colección que el libretto firmado por Comín Colomer apareció *Héroes españoles en Rusia*, que recogía los artículos que publicó su autor, Alfonso Prego, como enviado especial de la agencia EFE a bordo del *Semíramis* para *Informaciones* y otros diarios de provincias. En esta recopilación puede apreciarse la categorización que establecía el Régimen para con los presos: mientras que los republicanos habían sido calificados como “despojos”, un divisionario como el capitán Teodoro Palacios era un “gigante” (1954: 11). Y semejante a este texto puede considerarse el firmado por José Luis Gómez y F. Montejano, en el que se recogía la hazaña de la supervivencia y el meteórico recibimiento en Barcelona. En ningún momento se dudaba de la importancia y el carácter de la empresa que habían iniciado con la División Azul y que había visto su final, interpretado como

³ Durante este periodo, en Hispanoamérica se publicaron dos libros que hacían referencia al periplo de los españoles en la Unión Soviética. En 1950 el piloto republicano José Antonio Rico escribió en México *En los dominios del Kremlin (8 años y medio en Rusia)*. Un año más tarde, el Agregado Obrero de Argentina en Rusia Pedro Conde Magdaleno narró su experiencia en el país. El libro de este personaje, confeso peronista, pasaría desapercibido para la historiografía española del Gulag si no fuera porque narra la ayuda que prestó a dos republicanos españoles –de hecho, da título al relato– para huir de allí escondidos en baúles. La empresa resultó fallida a pesar de la buena voluntad de ayudar, por parte del funcionario, a Tuñón y a Cepeda, una idea que había surgido debido a que “la profunda lástima que me inspiró la situación de los republicanos y de los niños asilados [...] aumentó mi simpatía hacia ellos y pensé seriamente en serles útil en algo” (1951: 272). El relato y las consecuencias de los hechos los siguen Serrano (2011: 153-157) e Iordache (2014: 224-255).

una nueva victoria ante el comunismo por parte del Estado franquista, con la supervivencia al campo:

Bienvenidos sean estos hijos de España, alucinados del ideal, conquistadores y abanderados de la dignidad humana, el orgullo español, por los mundos lejanos. Han pasado muchas cosas desde que se marcharon apenas iniciada la ingente tarea de restauración patria después de una guerra en que muchos templaron su juventud para mejores empresas. En que alcanzaron una prematura madurez emocionada que había de llevarles necesariamente a la expansión, a la conquista, como en los mejores tiempos de nuestra historia. Y allí fueron con las canciones y el ideal de España, que no es pequeño bagaje para un guerrero de la mejor estirpe (1954: 26).

En el ámbito estricto de las memorias del campo, los divisionarios firmaron en esta época seis libros⁴. Las primeras, de 1954, llevaban el título *Yo, muerto en Rusia (Memorias del alférez Ocañas)*, cuyo autor, Moisés Puente, narró las vivencias del personaje mencionado en el título. Del año 1955 data *En el abismo rojo: memorias de un español, once años prisionero en la U.R.S.S.*, experiencia impresa de Ramón P. Eizaguirre, antiguo divisionario apresado en la Batalla de Berlín, cuando la unidad ya había desaparecido y él formaba parte de la *Wehrmacht*. Al año siguiente se publicó, escrito por Torcuato Luca de Tena, *Embajador en el infierno: memorias del capitán Palacios. Once años de cautiverio en Rusia*, que, como ya se ha indicado, terminó siendo premiado con el Premio Nacional de Literatura Francisco Franco y fue llevado de manera inmediata al cine. También vio la luz ese año *Enterrados en Rusia*, que su protagonista Eusebio Calavia Bellosino escribió con la colaboración de Francisco Álvarez Cosmen. En 1958, otro de los capitanes preso en el Gulag, Gerardo Oroquieta Arbiol, escribió sobre su vivencia con la ayuda de César García Sánchez, a la que tituló *De Leningrado*

⁴ La literatura divisionaria del campo soviético no ha parado tras la instauración de la democracia en España. Ejemplo de ello son *4.045 días cautivo en Rusia, 1943-1954. Memorias* (1987), de Joaquín Poquet Guardiola y *Esclavos de Stalin: el combate final de la División Azul* (2002), de Ángel Salamanca. También, desde el bando republicano, cabe destacar *Invitado de honor* (1995), del piloto Miguel Velasco Pérez. En el campo de la ficción, Juan Manuel de Prada ha abordado el tema de los presos azules en *Me hallará la muerte* (2012).

a Odesa, y que ganó el mismo premio que su compañero⁵. Ya en 1959 Juan Negro Castro publicó *Espanoles en la U.R.S.S.* en el mismo tono que sus camaradas⁶.

Los republicanos que pasaron por el Gulag publicaron tres libros durante el franquismo. En 1955 el policía Vicente Reguengo relató las “memorias del internado Fulgencio García Buendía distorsionadas” (Iordache, 2015: 108) en *Quince años en Rusia*. Al año siguiente un antiguo combatiente del Ejército rojo durante la II Guerra Mundial, Rafael Pelayo de Hungría, publicó *Rusia al desnudo: revelaciones del Comisario Comandante Español Rafael Pelayo de Hungría. Comandante del Ejército Ruso*. Y, en 1960, el piloto Juan Blasco dejó prueba en *Un piloto español en la U.R.S.S.* de su asimilación al nuevo Estado⁷.

2.3. Tiempo de silencio (1961-1975)

Xosé Manoel Núñez Seixas (2005: 92-93) ha señalado, para los años de 1946 a 1954, un silencio dentro de la literatura divisionaria que respondió al desarrollo de la “cuestión española” en las Naciones Unidas. La delicada situación de España en la geopolítica internacional no hacía conveniente la exaltación de los combatientes en el frente del Este. Este mutismo, que fue sustituido por una época de despertar del tema divisionario al regresar los presos de Rusia, se repitió a lo largo de la década de 1960. Como ha indicado Rafael Ibáñez para el ámbito general de la División Azul, se presentaron desde esta época “al público sólo obras de tono menor y reediciones de otras anteriores” (1996: 86), acontecimiento que, evidentemente, también afectó a las letras de los presos del campo.

⁵ Aunque este trabajo se ciñe a la memorística de los cautivos, hay que señalar la existencia de dos novelas publicadas en 1956 que tomaban como trasfondo la presencia de españoles en el Gulag. José Luis Martín Vigil escribió *La muerte está en el camino* y Carmen Kurtz se hizo con el Premio Planeta gracias a *El desconocido*.

⁶ Un año más tarde, este autor escribió *La pesadilla roja*, testimonio de un prisionero griego que, antes de morir y de ser repatriados los divisionarios del *Semíramis*, compartió con ellos sus vivencias, las cuales el excautivo decidió testimoniar.

⁷ Prueba de la buena adaptación de Blanco a la dictadura es uno de los ejemplares de este libro que se conservan en la Biblioteca Nacional de España, perteneciente al Fondo Comín Colomer y dedicado a tal personaje por parte del autor.

3. La experiencia de los españoles en el campo

Para analizar el discurso de los españoles en el campo se proponen los siguientes tres niveles temáticos: la interpretación del Gulag en relación con las condiciones de trabajo y alimentarias a las que fueron sometidos; el odio al bolchevismo latente en cada uno de ellos, y que se mostraba acorde a los postulados anticomunistas de la dictadura; y el reencuentro de los españoles en los campos, donde primó una relación de perdón de unos a otros y que se identificaba con la paz duradera que el franquismo había prometido tras el final de la Guerra Civil. Hay que advertir que las experiencias de los textos republicanos no sólo insisten en su paso por el Gulag, sino que también narran todo el proceso de acoso y derribo al que fueron sometidos por las fuerzas estalinistas. En cambio, los libros de los divisionarios sí se centran de manera exclusiva en la vida del campo, de ahí que sus palabras no sólo muestren la supremacía que les otorgó la dictadura, sino que sean más explícitas a la hora de ejemplarizar el discurso del campo durante el franquismo.

3.1. *La interpretación de los presos españoles del infierno*

Los textos de los presos españoles del Gulag, además de su utilización como arma propagandística por parte del Estado dictatorial, reflejaron la mísera vivencia de quienes sufrieron el cautiverio. Sin olvidar la premeditada intencionalidad de debilitar al sistema estalinista mediante estos, los presos relataron la escasez de alimentos y el trabajo rayano en la esclavitud, dos características comunes a los relatos de cualquier preso del entramado concentracionario soviético⁸.

En el campo la vida se desarrolló tomando en cuenta dos factores que giraban en torno a la vida de los prisioneros: los trabajos forza-

⁸ El uso propagandístico no exime, en ningún momento, la penalidad que tuvieron que sufrir los presos en los campos, análoga a la de los soviéticos que dejaron testimonio de esta por escrito. Así le ocurrió a Margarete Buber-Neuman, quien también pasó por Karagandá. Allí, no existían más días festivos que las escasas fechas señaladas para ello y las que proporcionaba el temporal adverso, que se transformaba en un momento de belleza: “en el campo no teníamos domingos ni días libres. Únicamente durante las fiestas de mayo y las de noviembre, en que nos encerraban en los barracones porque no estábamos obligadas a trabajar, y también cuando la naturaleza tenía misericordia de nosotras y nos enviaba una tormenta de arena o una nevada copiosa. Una tormenta de arena es un espectáculo fantástico” (2005: 144).

dos y el hambre. El Gulag, al contrario del *Lager* alemán, no tenía la muerte como único fin, sino que buscaba la rentabilidad del confinado al convertirlo en un obrero a coste cero para el Estado⁹. A pesar de esta diferencia, la existencia en los campos soviéticos seguía teniendo un valor cercano a la nada, por lo que no debe pensarse en contemplaciones especiales o un trato de favor. Las jornadas de trabajo eran eternas y podían llegar a ocupar más de la mitad de un día, siendo necesario para conseguir la comida alcanzar la cuota de trabajo establecida. Estas condiciones fueron descritas por el capitán Palacios, uno de los presos españoles que, paradójicamente, menos padeció estas penurias: “durante las doce o trece horas de trabajos forzados a que se sometía a los prisioneros en la inmediata fábrica de trilladoras [...] no recibían ni una mísera ración de pan” (1993: 109). Eizaguirre resaltaba la importancia de los presos para el funcionamiento del país, ya “que por aquella época contaban los soviéticos con la no despreciable fuerza de más de cuatro millones de prisioneros” (1955: 91). Este divisionario pasó parte de su tiempo en el campo como empleado de una mina, lo que condenaba a una gran parte de los presos a la muerte, al trabajar a temperaturas “de poco más de quince grados bajo cero” (1955: 100) en minas donde “corría el agua en pequeñas cascadas”, lo que obligaba a tener “los pies durante toda la jornada a remojo en el cenagoso suelo” (1955: 112). En otra mina diferente trabajó Juan Negro Castro, en la que era “imposible dominar aquella sensación de muerte inmediata que nos sobrecogió” (1959: 283) al verla por primera vez y en la que, según él, “los españoles fuimos los primeros hombres civilizados que llevamos la luz a estas tinieblas de la mina”, en la que compartieron su tiempo y espacio con “familias reacias y rebeldes al sistema de gobierno actual” (1959: 284).

Todo el gasto de energía no podía ser suplido por las pírricas calorías que les aportaban los alimentos. Su escasez podía llegar a causar enfermedades de difícil tratamiento e incluso la muerte. Palacios describió la escatológica alimentación de algunos presos:

[A la hora] de vaciar las letrinas pululaban entre los excrementos y seleccionaban entre los detritos de los enfermos, porciones de alimentos

⁹ Los campos rusos buscaban, ante todo, la productividad económica, por lo que era fundamental que los presos “se adaptaran al plan de producción del campo y que cumplieran con la cuota del rendimiento” (Applebaum, 2014: 240).

no digeridos. Los lavaban con nieve y los ingerían, vendiendo lo que les sobraba (1993: 47).

Al mismo tiempo explica la práctica del canibalismo, de la que exime a los españoles, y que “para los jefes del campo representaba una solución. Los cuervos, durante el invierno, invadían los campamentos, alternando con los hombres el devorar cadáveres” (1993: 47). El hambre al que eran sometidos hacía que, por ejemplo, aunque el desayuno fuera una “bazofia” supiera en realidad “a gloria, [sobre todo] después de pasar dieciocho días de no probar nada caliente” (Calavia & Bello-sino, 1956: 96). Se llegaba a hablar del “semihambre”, que “implica no matar del todo el hambre por arriba ni reducir la alimentación hasta cero por abajo” (Puente, 1954: 100).

3.2. *Anticomunismo*

El regreso de los presos dio la oportunidad al Régimen franquista de exhibir, una vez más, su activa beligerancia contra el comunismo soviético. La imagen negativa del Gobierno de los soviets y, por añadido, de su personificación en la figura del *rojo*, fue uno de los temas que desarrolló la derecha española desde los primeros momentos de la Revolución de 1917. En esta línea, uno de los compañeros de cautiverio de Ramón P. Eizaguirre señalaba que los voluntarios azules no habían acudido “a luchar contra el pueblo ruso [...] sino contra el comunismo. Lo que siento es no haber muerto ya en el frente matando bolcheviques” (1955: 148). La diferencia entre unos rusos y otros puede apreciarse en este mismo autor, que describía a sus guardianes como unos “hombres de uniformes sucios y rotos, que más bien que soldados parecían bandidos” y que le “causaba[n] un sentimiento de aversión y repugnancia” (1955: 51). También presentaba al presidente del tribunal de un juicio al que asistía como público –era sometido a esta actividad como método correctivo– como un hombre bien alimentado, para resaltar la distancia existente entre la oligarquía del partido y el pueblo sumido en la miseria: “en el centro se sentó el presidente, un comandante obeso con gran papada de cerdo, muy en boga entre los modernos revolucionarios” (1955: 123). Con los rusos que no eran comunistas y compartían tareas –no era extraño que los presos trabajasen con la población civil–

consegúan confraternizar rápidamente, y de ellos obtenían confesiones divergentes al sistema soviético¹⁰:

Me habían engañado durante tantos años como a un chiquillo, pues aquella gente [en los pueblos alemanes donde los estragos de la guerra no eran visibles] vivía infinitamente mejor que nosotros. Te juro que si he vuelto al terruño es porque tengo dos hijos, pero muchos oficiales y soldados que después de los cuatro años de campaña no estaban dispuestos a reintegrarse a la esclavitud de la vida soviética, se negaron a regresar a Rusia. Sólo salvaron la piel los que pudieron escapar hacia la zona occidental (1955: 133).

Durante su estancia en los campos, los divisionarios mostraron una actitud altiva que no se correspondía con la autoridad que podían ejercer sobre ellos los mandos soviéticos. Sin cuestionar la veracidad de estos hechos, cabe señalar que, en la mayoría de los textos escritos por presos de la División Azul, hay un combate verbal continuo hacia los rusos encargados de la vida en los campos. Al ser cuestionados sobre las motivaciones que los llevaron al frente Oriental, y sobre si repetirían la experiencia a pesar de la derrota y el encerramiento, la respuesta de los españoles huía de cualquier tipo de titubeo. El capitán Teodoro Palacios confesó que fue para “luchar contra el comunismo” (1993: 34), una sentencia parecida la que dio Oroquieta, de similar graduación, que confesó ir “para combatir al comunismo y a devolver la visita que nos hicieron los voluntarios rusos en nuestra Guerra Civil” (1958: 67). También Eusebio Calavia mostraba sus intenciones al replicar que había acudido “a tratar de destruir vuestro régimen maldito y ayudar al pueblo ruso a liberarse del yugo que le tenéis impuesto” (1956: 160). Cuando eran preguntados sobre la posibilidad de combatir de nuevo al Gobierno soviético, a pesar de la derrota sufrida en la II Guerra Mundial, las respuestas eran contundentes. Le cuestionaban a Palacios sobre qué haría cuando regresara a España y se encontrara a *Pasionaria* en

¹⁰ Toda esta confraternización también la señala Puente al contar cómo Ocaña había coincidido con un ruso, antiguo prisionero de la División Azul, que advierte a sus compañeros que “aunque vinieron a luchar contra nuestro país, su comportamiento con nuestros hermanos ha sido mucho mejor que el nuestro propio” (1954: 167). El descubrimiento que hicieron los españoles que lucharon en el frente del este de los campesinos soviéticos es lo que ha denominado Núñez Seixas como “el ruso real” (2010: 246).

el poder. Ante tal situación, respondió: “he hecho dos guerras contra ella [...] Haré la tercera” (1993: 112). En otro de los relatos, uno de los cautivos falangistas también se mostraba incombustible: “lo mismo que vine una vez, vendría otras mil a matar bolcheviques” (Eizaguirre, 1955: 187).

Los republicanos que publicaron sus memorias del campo soviético mostraron en ellas su animadversión hacia la dictadura rusa. La estancia en la Unión Soviética y los malos tratos que allí sufrieron fueron la mejor prueba que podía utilizar el Régimen español para mostrar a estos hombres como *errados* y *equivocados* en su fe. Su relato se presentaba ante la opinión pública límpido de toda sospecha al venir motivado por su propia experiencia y su pasado político. Vicente Reguengo incidió en la desconfianza presente entre la población civil, donde “es una norma a [la] que obliga el sistema del terror” (1955: 302), una idea presente también en el piloto Juan Blasco, al destacar que los ciudadanos “no encontraban más que hipocresía, desconfianza, vacío y resquemores. Si algún amigo soviético tenían era también un comunista. Y entre ellos no había verdadera amistad” (1960: 110). Pero la estancia en Rusia también se ofrecía como *escarmiento* para aquellos que, habiendo podido optar por la sublevación en la Guerra, fueron leales a la República. Esa era la motivación señalada por Rafael Pelayo de Hungría en el epílogo de su libro, al equiparar las condiciones en las que vivió en Rusia como peores que las de “los esclavos en la antigua Roma” (1956: 404). La autoflagelación del autor continuaba al pedir a las nuevas generaciones no tomaran el mismo camino que él:

Que mañana no tengáis que arrepentiros de una errada juventud como yo me arrepiento de la mía. El mejor servicio que podéis prestar a la Humanidad, es luchar activamente contra el comunismo (1956: 405-406).

Y si hubo un aspecto donde los presos, tanto divisionarios como republicanos, pudieron mostrar su oposición total al comunismo fue la muerte de Stalin. El hecho sería fundamental para que la repatriación de los españoles se hiciera efectiva y, además, supuso en su momento un motivo de alegría por el final del enemigo. Aunque España no cambiara su postura anticomunista durante toda la dictadura, sí es cierto que durante la vida del tirano georgiano fue esta más acérrima, debido al aso-

ciacionismo que se hizo durante todo el franquismo de su figura con la II República. Eusebio Calavia señalaba que, con la muerte de Stalin, “el régimen comunista estaba de luto y su gran verdugo había sido llamado al inapelable Tribunal de Dios” (1956: 193), del que nadie podía huir a los ojos de este soldado. Para Teodoro Palacios, la muerte del que todos llamaban “el Bigotes”, y al que él apodaba “el César Rojo de todas las Rusias, [el] nuevo Gengis Kan de nuestros días” (1993: 240), abría un nuevo tiempo en Rusia, ya que “la desaparición del tirano quebró el paisaje político” (1993: 241). Desde el lado republicano tampoco se escuchaban alabanzas a la persona de Stalin, a quien Blasco calificaba a la hora de su defunción como “el criminal más grande que ha conocido la humanidad” (1960: 344). Pero quien interpretó el suceso de una manera más precisa fue el capitán Gerardo Oroquieta Arbiol:

La muerte de Stalin era el más extraordinario suceso acaecido en todo nuestro cautiverio y no podía sermos indiferente a los prisioneros porque cualquier acontecimiento producido en la Rusia soviética repercutiría sobre nuestra situación. No ignorábamos el proverbio de que a rey muerto, rey puesto; pero, ¿sería otro monstruo el sucesor del tirano? En la constelación política de la U.R.S.S. brillaban algunos hombres, pero ninguno con el fulgor de Stalin, aunque a éste le hubiesen iluminado los potentes reflectores de la propaganda junto con las densas nubes del incienso. Del nuevo zar rojo iba a depender nuestra ventura. Por eso estábamos atentos (1958: 560).

3.3. El encuentro de españoles en los campos

La existencia de presos divisionarios y republicanos en el Gulag sirvió para que allí coincidieran “la historia de las ‘dos Españas’, que volvieron a encontrarse, esta vez en tierras lejanas” (Iordache, 2014: 147). Aunque “la realidad era que ya desde finales de 1942 republicanos y divisionarios habían coincidido en campos de trabajo forzado” fue en Karagandá donde “se fue gestando poco a poco una colaboración y empatía entre republicanos y falangistas” (Serrano, 2011: 151). Los españoles se vieron obligados a dejar de lado las diferencias que, entre 1936 y 1939, les habían enfrentado para luchar por el bien común de la libertad. La reconciliación que surgió de esta convivencia fue interpretada, por parte de la propaganda franquista, como un acto de perdón y asimilación hacia el republicano, que era presentado como un español

arrepentido. La paz estaba supeditada a la sumisión que mostraban los vencidos de la Guerra Civil hacia los vencedores.

Los divisionarios no tuvieron ningún problema en reconocer que la terrible odisea que sufrieron los republicanos en Rusia “soportada con ejemplar conducta de españoles honrados, no fue inferior a los sufrimientos padecidos por los prisioneros de la División Azul” (Oroquieta Arbiol & García Sánchez, 1958: 399). El capitán Teodoro Palacios coincidió con españoles del “episodio berlinés” y con aviadores de la república. Por los primeros, al observar “el estado de hambre, agotamiento y cansancio con que llegaron”, colectó, “entre los prisioneros de guerra, ayudas alimenticias para los niños y las mujeres” (1993: 99). Y de los segundos dijo que “si alguno [...] cuando llegó a Rusia era sinceramente comunista, la criba a la que fueron sometidos les arrancó hasta la última semilla rosada de marxismo” (1993: 203). Para el divisionario, los odios quedaron apagados en los campos soviéticos, un hecho que resaltó desde la óptica falangista:

En el corazón de Rusia las dos Españas borraron sus diferencias. Allí se abrazaron para siempre. La una comprobó cuanto de Rusia sabía. La otra aprendió cuanto de Rusia ignoraba. Se fusionaron en un abrazo de sangre y sacrificio y, codo con codo, lucharon juntas, sufrieron procesos, soportaron condenas. ¡En los campos de concentración de Rusia terminó para nosotros la guerra civil! (1993: 203).

También Ramón P. Eizaguirre da detalle de este tipo de encuentros con pilotos y marinos que se encontraban en los campos “por el solo delito de querer volver a su Patria, negándose a los reiterados ofrecimientos de los bolcheviques” (1955: 154) para permanecer en Rusia. Y Calavia Bellosino se refiere a los divisionarios que habían desertado como “aquellos desgraciados” a los que:

Ofrecimos nuestra leal amistad, con el perdón de todo lo pasado, si ellos correspondían uniéndose a nosotros para, como buenos españoles, defendernos y ayudarnos mutuamente (1956: 49).

La categorización entre “buenos” y “malos” españoles hace que estas uniones se interpreten más cerca del perdón al *equivocado* que de la reconciliación de dos bandos. Por último, no deja de sorprender que el piloto republicano Juan Blasco, a pesar de su transformación ideológi-

ca, hable de un “niño de la guerra” como un miembro del “hampa, que le tenía prendido en sus redes” y que de hallarse en España “sería una persona de lo más normal, trabajadora y honrada que hubiera sentido desprecio y repugnancia por el hampa [...] que él mismo dirigía” (1960: 386).

Pero no todos los españoles con los que se cruzaban los divisionarios eran de su agrado. Algunos, colaboradores con los soviéticos, hicieron su vida mucho más desagradable y hacia ellos dedicaron descripciones de carácter negativo. En esta línea se encontraban el exiliado Felipe Pulgar, “convertido en la bestia negra de los españoles en el Gulag” y el desertor César Ástor, a quien se dedicaron “todos los tópicos de la maldad según los cánones franquistas” (Serrano, 2011: 49; 72)¹¹. Pulgar era para el capitán Palacios “uno de los hombres más malvados que he conocido nunca [...] responsable directo de la muerte de muchos españoles” (1993: 184) y según Eizaguirre “día tras día, aniquilaba esta hiena a sus compatriotas sin otro deseo que el de hacer méritos ante sus amos” (1955: 155). La descripción que aporta Oroquieta sobre Ástor es definitiva del desprecio que sentían los españoles por los compatriotas que estaban al servicio de los soviéticos:

Este Judas se esforzó en congraciarse con los comunistas, de quien se decía correligionario. Su incontenible petulancia lo llevó a erigirse en mandamás del grupo antifascista y desplegó activísima labor, aunque su siembra cayó en las rocas y tuvo una cosecha bien mezquina. Su semblanza física no era menos deleznable: escuálido, con el rostro entre amarillo y verdoso, desdentado, con nariz de judío y una rizada cabellera, su voz atiplada y sus ademanes afeminados, le mostraban como un auténtico invertido. Persiguió con sadismo e hizo mucho daño a cuantos compatriotas no quisieron seguir su apostolado antifascista. Será difícil que sus ojos vuelvan a contemplar el radiante cielo de España ni el luminoso verde-azul mediterráneo, porque su traición le ha cerrado las puertas a la patria (1958: 326).

¹¹ Arasa recoge una entrevista a Astor y ofrece una imagen más equilibrada de la que se le ha atribuido desde la memorística y la literatura prodivisionaria: “Astor, a pesar de su rechazo del franquismo y de la División Azul, elogia siempre a los mandos que tuvo en la unidad. Llegaría a tener en gran aprecio al último de los capitanes que mandó en su compañía y reitera que los divisionarios se portaron de forma admirable con la población civil rusa, con la que incluso compartían la comida” (2005: 330).

4. A modo de conclusión

El campo soviético dejó un número suficiente, aunque tampoco demasiado elevado, de textos acerca de la terrible experiencia que padecieron los españoles en el Gulag. Las condiciones infrahumanas de vida a las que sobrevivieron fueron aprovechadas por el Régimen franquista como un pilar más de la furibunda propaganda anticomunista que lo caracterizó. Los regresados de la División Azul habían sobrevivido al infierno ruso, lo que significaba una victoria más que añadir ante el enemigo externo, al que ya se había vencido, según la retórica dictatorial, en la Guerra Civil. A estos hombres se unían los republicanos con los que los divisionarios habían compartido cautiverio y que volvían a la España de Franco tras observar las artes de la política estalinista. Su desencanto anotaba un tanto nada despreciable en el marcador de la dictadura al demostrar que era posible *recuperar* y *convertir* al antiguo rojo en un adepto al régimen resultante del conflicto fratricida.

Sin embargo, al igual que había ocurrido con los divisionarios al final de la II Guerra Mundial, cuando la voz de los presos se hizo innecesaria la dictadura no tuvo ningún problema en apagarla. La distensión que caracterizó a la Guerra Fría durante la mayor parte de la década de 1960 no hacía aconsejable recuperar la penalidad de unos hombres que, a pesar de haber sufrido lo indecible, no dejaban de ser la prueba de un pasado que el dictador Franco necesitaba olvidar para su continua reubicación en el panorama internacional. La intensa publicidad de los divisionarios y republicanos tras su llegada a España fue similar a la celeridad con que se precipitó la amnesia sobre su experiencia.

Bibliografía

- Alegre, Sergio. 1993. La División Azul en la pantalla: *Embajadores en el infierno*. *Historia y vida* 299: 66-76.
- Applebaum, Anne. [2004] 2014. *Gulag: historia de los campos de concentración soviéticos*. Barcelona: Debate.
- Arasa, Daniel. [1993] 2005. *Los españoles de Stalin*. Barcelona: Belacqva.
- Blasco Cobo, Juan. 1960. *Un piloto español en la U.R.S.S.* Madrid: Antorcha.
- Buber-Neumann, Margarete. 2005. *Prisionera de Stalin y de Hitler*. Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.
- Calavia Bellosino, Eusebio & Álvarez Cosmen, Francisco. 1956. *Enterrados en Rusia*. Madrid: Editorial Saso.

- Calvo Jung, Carmen. 2010. *Los últimos aviadores de la República: la cuarta expedición a Kirovabad*. Madrid: Ministerio de Defensa, Secretaría Técnica General.
- Comín Colomer, Eduardo. 1952. *Españoles esclavos en Rusia*. Madrid: Publicaciones Españolas.
- Conde Magdaleno, Pedro. 1951. *En busca de la verdad soviética: Por qué huyen en baúles los asilados españoles en la URSS*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de la Dirección General de Institutos Penales de la Nación.
- Eizaguirre, Ramón P. 1955. *En el abismo rojo: Memorias de un español, once años prisionero en la URSS*. Madrid: Reyma.
- García Sánchez, César & Oroquieta Arbiol, Gerardo. 1958. *De Leningrado a Odesa*. Barcelona: AHR.
- Gómez, José Luis & Montejano, F. 1954. *Los bravos del "Semíramis": apasionante reportaje en torno a los repatriados de la "División Azul"*. Pamplona. Edit. Gómez.
- Ibáñez Hernández, Rafael. 1996. Españoles en las trincheras: la División Azul. En Payne, Stanley G. & Contreras, Delia (dir.) *España y la Segunda Guerra Mundial*. Madrid: Editorial Complutense, 55-88.
- Iordache, Luiza. 2014. *En el Gulag: españoles republicanos en los campos de concentración de Stalin*. Barcelona: RBA.
- Iordache, Luiza. 2015. Los repatriados españoles de la URSS en el marco de la Guerra Fría (1954-1960). En Bengochea Tirado, Enrique; Monzón Pertejo, Elena & Pérez Sarmiento, David G. (coord.) *Relaciones en conflicto. Nuevas perspectivas sobre relaciones internacionales desde la historia*. Valencia: Universitat de València, Asociación de Historia Contemporánea, 107-111.
- Luca de Tena, Torcuato. [1955] 1993. *Embajador en el infierno: memorias del Capitán Palacios. Once años de cautiverio en Rusia*. Barcelona: Planeta.
- Miralles, Rafael. 1947. *Españoles en Rusia*. Madrid: EPESA.
- Moreno Juliá, Xavier. 2005. *La División Azul: sangre española en Rusia, 1941-1945*. Barcelona: Crítica.
- Moreno Hernández, Rafael. 1956. *Rusia al desnudo: revelaciones del Comisario Comandante Español Rafael Pelayo de Hungría. Comandante del Ejército Ruso*. Madrid: Ediciones de Actualidad Mundial.
- Negro Castro, Juan. 1959. *Españoles en la U.R.S.S.* [Madrid]: Escelicer.
- Núñez Seixas, Xosé Manoel. 2005. Los vencedores vencidos: la peculiar memoria de la División Azul, 1945-2005. *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea* 4: 83-116.
- Núñez Seixas, Xosé Manoel. 2010. Del ruso virtual al ruso real: el extranjero imaginado del nacionalismo franquista. En Núñez Seixas, Xosé Manoel

- & Sevillano Calero, Francisco (coord.) *Los enemigos de España: imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX): actas del IV Coloquio Internacional de Historia Política, 5-6 de junio de 2008*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 233-265.
- Prego, Adolfo. 1954. *Héroes españoles en Rusia*. Madrid: Publicaciones Españolas.
- Puente, Moisés. 1954. *Yo, muerto en Rusia (Memorias del Alférez Ocañas)*. Madrid: Ediciones del Movimiento.
- Reguengo, Vicente. 1955. *Quince años en Rusia*. Barcelona: AHR.
- Rodríguez Jiménez, José Luis. 2008a. El papel de las familias en las gestiones para la liberación de los prisioneros de la División Española de Voluntarios en la URSS. *Historia del presente* 11: 141-164. <http://historiadelpresente.es/sites/default/files/revista/articulos/11/11.8joseluisrodriguezjimenezelpapeldelasfamiliasenlasgestionesparalaliberaciondelosprisionerosdeladivis.pdf>
- Rodríguez Jiménez, José Luis. 2008b. Los prisioneros de guerra españoles en la URSS: el relato de Embajadores en el infierno y la narración histórica. En Camarero, Gloria (ed.) *I Congreso Internacional de Historia y Cine (1, 2007, Getafe)*. Getafe: Universidad Carlos III de Madrid, Instituto de Cultura y Tecnología, 465-478.
- Sánchez Zapatero, Javier. 2010. *Escribir el horror: Literatura y campos de concentración*. Barcelona: Montesinos.
- Serrano, Secundino. 2011. *Espanoles en el Gulag: republicanos bajo el estalinismo*. Barcelona: Península.